

# ¿Es la Universidad Internacional el Futuro para la Educación Superior?

**HANS DE WIT**

*Hans de Wit es director del Centro para la Internacionalización de la Educación Superior de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán, Italia, y profesor de Internacionalización de la Educación Superior en la Universidad de Ciencias Aplicadas de Ámsterdam, Países Bajos. E-mail: J.w.m.de.wit@hva.nl*

Durante los últimos años, la educación superior internacional se ha visto inundada por una serie de términos nuevos, tales como la ciudadanía global, la internacionalización integral y la universidad de clase mundial. Se han escrito libros, artículos y papers sobre estos términos; se los menciona en los rankings globales, regionales y nacionales, y figuran en declaraciones de misión y documentos sobre políticas en todo el mundo. Sin embargo, no hay claridad con respecto a su significado exacto. Dichos términos son meras percepciones e interpretaciones y no constituyen indicadores comúnmente reconocidos o conceptos definidos.

El término “universidad internacional” parece ser el nuevo término de moda que calza dentro de esta categoría. Hace poco, apareció en la esfera de los rankings: en el ranking Times Higher Education de las 100 universidades más internacionales del mundo en 2015. Además, el ranking “U-Multirank” recientemente publicó la clasificación de la orientación internacional de 237 universidades. Esta última iniciativa difiere del ranking Times Higher Education, en que no hace referencia a la “universidad internacional” sino que habla de orientación internacional. No obstante, calza dentro de la tendencia aparente de intentar identificar en qué consiste una universidad internacional.

El factor común entre ambos ranking radica en que ambos clasifican y hacen más o menos uso de los mismos indicadores cuantitativos. El ranking Times Higher Education utiliza como indicadores a la cantidad de alumnos internacionales, la cantidad de personal internacional y de publicaciones internacionales de autoría compartida. Estos indicadores se asemejan bastante a las cuatro mediciones empleadas por el ranking U-Multirank: fuerte movilidad de entrada y salida, un alto porcentaje de personal y de graduados de doctorado internacional,

y una sólida trayectoria de publicaciones de investigación en colaboración con académicos en el extranjero. Sin embargo: ¿es posible definir en qué consiste una “universidad internacional”? Además: ¿tiene sentido el enfoque adoptado por estos rankings de solo utilizar una pequeña cantidad de indicadores cuantitativos?

Si se está de acuerdo en que la internacionalización no es un fin en sí mismo sino que constituye un proceso que ayuda a las universidades a aumentar la calidad de la educación que imparten y la calidad de su investigación y servicio a la sociedad, entonces cabe preguntar: ¿cómo es posible definir un producto final, es decir, la universidad internacional? Si no existe un modelo estándar de cómo se internacionalizan las universidades, entonces: ¿cómo es posible definir en forma mancomunada lo que significa ser una universidad internacional?

En respuesta a esta tendencia, Jane Knight escribió un ensayo sobre “¿Qué es una universidad internacional?” en “The State of Higher Education 2014” de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. Ella empieza planteando que existe mucha confusión acerca de lo que realmente significa ser internacional para una universidad. De hecho, argumenta que el término no es importante y que la importancia radica en el enfoque o modelo utilizado. Dicha autora identifica a tres “generaciones” de universidades internacionales: una universidad internacionalizada con una diversidad de convenios internacionales, alumnos y personal internacional y múltiples actividades cooperativas; universidades con oficinas satélite en forma de sucursales de campus, centros de investigación y oficinas de gestión/proyectos; y la modalidad más reciente constituida por instituciones autónomas fundadas o desarrolladas en forma conjunta por dos o más instituciones asociadas originarias de distintos países. Sin embargo, además del hecho de que en su tipología no se hace referencia a la dimensión de internacionalización en casa (internationalization at home), la tipología, en particular la primera categoría, es tan amplia que en realidad no ayuda a definir a una universidad internacional. Ésta podría incluso tener el efecto contrario, es decir, que las universidades podrían fácilmente declarar que calzan dentro de una de estas categorías y que por ende son internacionales. Desde mi punto de vista, se podría mejor plantear que la primera categoría corresponde a universidades que colaboran en forma internacional, el segundo grupo a universidades que son activas a nivel internacional, y el tercero a aquellas que operan a nivel internacional.

Temo que a futuro cada vez más universidades indicarán en sus declaraciones de misión y políticas que son una universidad internacional, sin ofrecer una explicación

clara de lo que quieren decir con dicho término. Dichas universidades harán uso de rankings tales como el Times Higher Education y el U-Multirank. Las universidades no deberían caer en la tentación de utilizar términos que si bien resultan atractivos a simple vista son imprecisos, sino que deberían centrarse en la calidad de su labor. No obstante, al igual que ocurre con otros términos, temo que nada se puede hacer para evitarlo. ■

---



---

## Sustentabilidad y Asequibilidad: ¿existirá la bala mágica?

**ELLEN HAZELKORN**

*Ellen Hazelkorn es asesora en políticas de la Higher Education Authority (Irlanda) y directora de la Higher Education Policy Research Unit, Dublin Institute of Technology. E-mail: ellen.hazelkorn@dit.ie*

La transformación en el panorama de la educación superior ha sido absolutamente dramática. En la base de estos avances se encuentra el notable crecimiento en la demanda por la educación superior. Cuando se publicó el primer número de International Higher Education, había aproximadamente 68 millones de estudiantes terciarios matriculados a nivel mundial. En la actualidad hay 196 millones de estudiantes con proyecciones de casi 430 millones para el 2030. Durante el mismo período, la tasa de matrícula de personas de 20–29 años de edad pertenecientes a los países miembros de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) ha registrado un crecimiento de 10 puntos porcentuales en promedio, y algunos países (principalmente Dinamarca, Finlandia, Grecia e Islandia) presentan matrículas superiores al 40 por ciento. A medida que la reestructuración del mercado de trabajo a nivel mundial continúa avanzando rápidamente, las personas le dedicarán más tiempo a la educación. Todo esto demuestra que avanzamos apresuradamente hacia convertirnos en sociedades de alta participación, en las cuales la gran mayoría de la población obtiene altos niveles de formación, debido a lo que esto significa en términos de logro social y personal.

No obstante, irónicamente, ahora que nuestras socieda-

des dependen cada vez más de una ciudadanía educada, los costos asociados a ser un actor activo en la economía mundial también van en aumento. Si bien algunos países pueden aumentar o por lo menos mantener su nivel de gasto, otros están sometidos a una enorme presión proveniente de la deuda pública y privada, de un público crítico de una alta (o mayor) tributación y a los servicios públicos expansivos. Esto genera situaciones en las cuales el gasto por estudiante no se está manteniendo a la par de la creciente demanda. En general, la OCDE (en 2013) indica que la participación del costo total cubierto mediante fondos públicos para la educación superior ha disminuido desde un 77 por ciento en 1995 a un 68 por ciento en 2013.

Nada de lo que he planteado aquí será novedad para este público. No obstante, entregar una educación superior universal de alta calidad en una época de disminución del financiamiento público y aumento en la competitividad mundial constituye el desafío más importante que enfrentaremos en las próximas dos décadas.

Utilizar los rankings globales para orientarnos conducirá inevitablemente a una mayor desigualdad. Las mejores 100 universidades representan menos del 0,5 por ciento del actual total de casi 18.000 instituciones de educación superior. A su vez, dicha cifra representa aproximadamente 0,4 por ciento del total de estudiantes de educación terciaria a nivel mundial. A medida que aumenta la demanda se acelera la selectividad. Esto se debe a que si bien las cifras de estudiantes en general van en aumento, la cantidad de alumnos repartidos entre las mejores 100 instituciones se mantiene relativamente estable. En consecuencia, cada año, los rankings de las mejores instituciones representan un menor porcentaje general del total de estudiantes.

Algunos países han intentado equilibrar estas demandas apuntando a mejorar la calidad mediante la concentración de los recursos en unas cuantas “universidades de clase mundial,” con la esperanza de que los beneficios luego decanten por efecto de goteo a las demás. Una minoría de países, tales como Finlandia, han adoptado una estrategia de “sistema de clase mundial”, repartiendo los beneficios de la excelencia en forma equitativa a lo largo su vasto territorio, a la vez que figuran entre los países con el mejor desempeño del mundo.

¿Cuál es el equilibrio justo entre educar a la gran mayoría de nuestros ciudadanos para que sean personas inteligentes, creativas y emprendedoras, a la vez que garantizamos la capacidad de la nación para competir en el mundo de la ciencia? ¿Habremos llegado al final del actual modelo de educación superior pública y masiva? ■